



Adviento 2020

Queridos hermanos:

Estos últimos meses he dedicado mucho tiempo a las cartas que el hermano Policarpo escribió a los hermanos de Estados Unidos. Él las comenzaba siempre así: Queridísimos hermanos... No se trataba de un interés fingido ni de una cercanía artificial. Quería mostrarse próximo a esos hermanos dispersos en una parte del mundo adonde él no podía viajar, hermanos a quienes no podía visitar personalmente. Y hoy se repite la historia entre nosotros.

Todo lo que conocíamos, ha sido alterado por una enfermedad invisible que podemos propagar sin darnos cuenta. Nos sometemos a pruebas, a rastreos, cuidamos los unos de los otros. De alguna manera, este gran árbol que es el conjunto de nuestro trabajo y que parecía tan estable y duradero, se parece hoy al tronco de Jesús esperando una vida nueva.

Cuando san Pablo alude a tiempos difíciles en su segunda carta a los corintios, su descripción puede aplicarse a lo que estamos viviendo desde hace muchos meses: «Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, mas no destruidos» (2 Co 4, 8-9). A pesar de todo lo que ha ocurrido, reina en nosotros una fidelidad persistente. Y eso no afecta únicamente al ritmo natural de nuestra vida de oración, de comunidad y de apostolado, sino a nuestra manera de afrontar el futuro, a la llamada cercana del Señor para que respondamos en el amor y por amor con vistas a amar a nuestro prójimo.

Cualesquiera que sean los acontecimientos a los que nuestro instituto ha debido hacer frente en el pasado –guerras mundiales y civiles, crisis económicas, catástrofes naturales e incluso epidemias de fiebre amarilla, gripe o ébola–, todos ellos nos han permitido permanecer abiertos a las nuevas posibilidades que se abrían ante nosotros.

Aquí estamos ahora al inicio de una nueva época, ante un amplio abanico de posibilidades, que tienen como único límite nuestra creatividad, nuestra voluntad de remangarnos, de hacernos presentes, de encontrar medios para acompañar a los demás incluso en estos momentos del

distanciamiento social y de las mascarillas. Nuestra misión sigue siendo la misma, a pesar del cambio total de decorado.

También somos conscientes de las divisiones que dañan a nuestra sociedad: divisiones en las ideas y en las elecciones, golpes de estado militares, agitación social, cambios en el medio ambiente. Todos deseamos un futuro mejor, más amplio, más profundo, lleno de esperanza; y a veces nos imaginamos desesperadamente que tal o cual solución es el único recurso posible. Como ha señalado un obispo, «nuestra cultura se aleja cada vez más del Evangelio, y precisamente por eso lo necesita cada vez más».

En medio de las tinieblas del Adviento, hay una estrella que guía a los magos, una rama que simboliza todo lo nuevo en nuestra alianza con Dios, una esperanza rica en posibilidades, y todo esto converge hacia Jesús. Fijamos nuestra atención en los niños y jóvenes a quienes formamos, en las familias a las que ayudamos y en la persona de Jesús que esperamos hacer presente en sus vidas mientras escuchamos sus miedos y dificultades, sus sueños y esperanzas. Les acompañamos en este viaje de sus vidas y de la nuestra. En este periodo de Adviento encontramos medios para caminar a su lado, un poco más lejos, pero con una mayor cercanía, con el objetivo de hacer presente el amor de Dios en el corazón de nuestra sociedad dividida.

El Adviento ofrece una esperanza, una luz nueva en medio de las tinieblas, un nuevo retoño que brotará del viejo tronco. La posibilidad del nacimiento de Jesús sigue manifestándose hoy en nuestras relaciones, en cada uno de nuestros encuentros. Sí, Jesús vino hace poco más de dos mil años y volverá de nuevo en el momento elegido. Nuestra misión es descubrirlo presente, inmanente, encarnado hoy, y ser instrumentos de su presencia y de su luz.

Para mí, esta rama del tronco de Jesús, esta nueva creación que hace posibles todas las cosas una vez más, tiene que ver con nuestra creatividad hoy. Ya hemos visto la creatividad de la que han hecho gala nuestros hermanos y colaboradores en el apostolado, para vivir y afrontar la realidad de la pandemia sin dejar la formación de los alumnos. Pero también debe haber en nuestra vida, en las comunidades y en la vida de oración, una creatividad que instaure un espacio de esperanza y confianza hacia todo y contra todo. Esta creatividad nos invita también a

buscar las mejores expresiones de nuestro carisma, tanto en nuestra vida como en el apostolado, de cara a este futuro que se nos presenta.

Debemos recordar que «el futuro no es un lugar hacia el que nos dirigimos, sino que nosotros mismos creamos. No se trata de encontrar los caminos, sino de trazarlos» (John Schaar). Ojalá que, a lo largo de los días del Adviento, a medida que la luz se hace más resplandeciente en las lecturas y va creciendo la nueva rama de Jesé, cada uno de nosotros pueda aceptar el desafío de ser co-creador con Dios hoy en medio de la comunidad, en el apostolado y en las relaciones.

La Regla de vida nos dice que las grandes distancias que nos separan no deben debilitar nuestros vínculos de afecto y solidaridad: «Por su espíritu fraterno, los hermanos sostienen a los que están aislados o agobiados por su trabajo. Se muestran cercanos a los hermanos alejados...» (Rdv 36). A medida que se acerca un periodo festivo marcado por la restricción a viajar y reunirse, muchos de nosotros experimentaremos el aislamiento, separados de nuestros hermanos, amigos y familias. Como el hermano Policarpo, que escribía tan a menudo a sus hermanos de América, permanezcamos cercanos los unos de los otros por encima de los kilómetros, siempre unidos en el Corazón de Jesús, nuestro hermano.

Ametur Cor Jesu!

Vuestro hermano,

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Mark". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke extending to the right.